

## **La nostalgia de la unidad perdida: el tema del incesto en la literatura francesa.**

**M<sup>a</sup> del Carmen FERNÁNDEZ DÍAZ**  
Universidad de Santiago de Compostela  
Facultad de Humanidades de Lugo

Desde muy antiguo, los mitos nos recuerdan que el hombre ha buscado sin cesar una reunificación que, al no poder ser autónoma ni completa, fue entrevista como la unión de los sexos. Así nos lo muestra el andrógino platónico y también, en el área cultural del Oriente, el *yin* y el *yang*. La idea de un ser primigenio y circular está presente en ambos símbolos, y es perceptible de manera visual en el último de los citados, que representa la unión esférica de dos colores, conllevando cada uno de ellos un punto cromático de su contrario y señalando de ese modo que en cada uno de los sexos se encuentra alguna característica de su opuesto.

La forma circular de ese ser doble, tal como lo entrevé Platón. También la filosofía oriental evoca de manera inequívoca un óvalo o huevo, que ha sido lugar común en las formulaciones de las diferentes cosmogonías. El huevo a partir del cual se produjo el nacimiento del mundo fue una idea compartida por celtas, griegos, egipcios, hindúes, chinos o japoneses. Normalmente, el huevo cósmico se formó, según las leyendas, en las aguas primordiales y fue incubado en su superficie. Con posterioridad, se separó en dos mitades y dio origen al cielo y a la tierra. Fue el momento de la polarización, de la androginia<sup>1</sup>. De alguna manera, ese concepto se repite en mitos tales como el de los Dioscuros o el del huevo de Leda.

El huevo cósmico y el común, del que proceden la práctica totalidad de los seres vivos, contiene en germen la multiplicidad de las formas de la existencia. Al tiempo, es una imagen de la totalidad, del primer principio organizador, si bien se encuentra siempre precedido por el caos.

En numerosos países, el huevo simboliza también la renovación periódica de la naturaleza. Tal es la tradición del huevo de Pascua o de los huevos de colores. Según Mircea Eliade, su simbolismo abarca no sólo la idea de nacimiento, sino también la de renacimiento o resurrección, que no es otra cosa que una vuelta o repetición. En todo ca-

---

<sup>1</sup> CHEVALIER, J & GHEERBRANT, A., *Dictionnaire des symboles*, Paris (Editions Robert Laffont) 1969, s.v. "Oeuf".

*Bernardino Hernando*

so, un ciclo biológico. De ese modo, se han descubierto estatuas de Dionisio llevando un huevo en la mano. Es preciso recordar que Dionisio fue considerado como prototipo de la esperanza en la resurrección, y los motivos de la viña, propios del culto al dios, se repetían e incluso se repiten actualmente en las tumbas, como imagen simbólica de esa resurrección anhelada y de la confianza que los fieles depositan en la vida futura. De igual manera, se entiende que las doctrinas que niegan la vuelta a la existencia y proponen, por el contrario, la definitiva liberación del ciclo de reencarnaciones sucesivas, proscriban el empleo de huevos. Tal es el caso del orfismo o del budismo.

De todos modos, volver a la unidad primordial, a la esfera, al huevo, conlleva también el deseo de otros valores, como pueden ser el reposo, la casa, el nido, la cáscara y, por encima de todo, el seno materno. Los conceptos de centro y origen están implícitos de igual manera en esa unidad soñada y, de ese modo, el ansia del hombre viene a coincidir con símbolos tales como el de la caverna, el corazón e incluso el ombligo, lugares centrales y, a la vez, origen de posteriores desarrollos espaciales, temporales y biológicos. No hemos de olvidar que la dualidad está contenida potencialmente en la unidad y que la dualidad misma se resuelve en la unidad.

Bajo esa perspectiva, el andrógino no es más que un aspecto o figuración antropomórfica del huevo cósmico. Este mito no es exclusivo del platonismo. Se encuentra en el origen de todas las cosmogonías y también en toda escatología. Alfa y omega del mundo, el andrógino representa la plenitud de la unidad fundamental, en la que se confunden los opuestos. Aplicada al hombre, la androginia nos habla de la unidad sexual primaria, que viene a significar la inocencia o la virtud primera, la edad de oro que convendría recuperar. Por eso aparece en el *Génesis*, a través de la figura de Adán, el andrógino primordial, no el primer hombre. Adán, capaz de convertirse en Adán y Eva<sup>2</sup>.

Las representaciones del andrógino suelen ser, por ese motivo, las de un ser doble, con los atributos de ambos sexos todavía unidos y a punto de escindirse. Esta figuración está presente en el *yin* y el *yang*; en el ciclo del Tao, en el que uno produce dos; en el Antiguo Testa-

---

<sup>2</sup> Decir que Eva surgió de la costilla de Adán significa que todo lo humano era indiferenciado en su un principio. Orígenes y Gregorio de Nisa hablaron de ese modo de un ser andrógino y lo identificaron con ese primer hombre creado a imagen de Dios. La edificación a la que está llamado el hombre le hará volver a encontrar esa androginia perdida por el Adán diferenciado y restablecida gracias al nuevo Adán glorificado. En el Nuevo Testamento, varios textos nos hablan de esa unidad: San Pablo, el Evangelio de Juan. Toda oposición está llamada a ser abolida por la unión de lo celeste y lo terrestre.

mento, tal como hemos visto, y también en la mitología hindú, en la que puede observarse a Shiva, divinidad andrógina, que abraza estrechamente a Shakti, su propio poder, representado como deidad femenina. Se podrían multiplicar los ejemplos, porque las antiguas teogonías suelen presentar a un dios o una diosa bisexual, que no necesita de compañero para procrear.

En la escatología, que nos habla del final de los tiempos, el ser se reintegra finalmente en una plenitud, lo que evoca una vez más la unidad temporalmente perdida e incluso la fusión que acarrea el matrimonio. Ahora bien, la vuelta a la indiferenciación, al estado primordial, la liberación de las contingencias se produce por medio de la *coincidentia oppositorum*, la unión de los contrarios, la fusión de los sexos.

El incesto, aunque a primera vista no lo parezca, evoca esa androginia, esa unión de dos que, en el fondo, son uno. Desde el momento en que se desea la reunificación, se está exaltando la propia esencia, el yo más profundo. Se trata, pues, de la entronización de lo propio. Es una forma de autismo. Y se encuentra, como no podía ser menos, en la mayor parte de las mitologías, en las relaciones entre los dioses, entre los faraones y los reyes. En resumen, en todas aquellas sociedades cerradas que desean conservar y reforzar su supremacía.

Según los psicoanalistas, la tentación inconsciente y rechazada del incesto nos remite a los complejos de Edipo y Electra, y representa una fase normal de la sexualidad infantil en su evolución. Solamente la fijación en ese extremo genera neurosis. Es preciso, pues, distinguir entre el incesto semi-animal, que preside la sexualidad infantil, la prohibición social, la perversión sexual y la neurosis. Paralelamente, es preciso recordar el incesto semi-religioso, cargado de símbolos y derivado de creencias.

No obstante, aunque la mitología, en concreto la griega, esté repleta de uniones incestuosas y la endogamia primitiva haya dejado huellas en la sociedad y en el psiquismo colectivo, el incesto ha inspirado siempre una especie de terror sagrado. El "Edipo Rey" de Sófocles funda toda su dimensión dramática en ese sentimiento. Es preciso recordar también que en Roma el incesto estaba prohibido por ley y los culpables o acusados de esa práctica eran arrojados al vacío desde la Roca Tarpeya.

Freud señala que algunas prohibiciones, que se han impuesto ya desde los orígenes de la cultura, como es el caso del incesto, continúan en vigor. Afirma que "los deseos instintivos sobre los que gravitan nacen de nuevo en cada criatura humana... Tales deseos instintivos son

Bernardino Hernando

el incesto, el canibalismo y el homicidio”<sup>3</sup>. Al mismo tiempo, señala que una de las características de nuestra evolución es la transformación de las coerciones externas en prohibiciones internas. Pero no todos los individuos, dice, se pliegan ante esas interdicciones. Podría, pues, afirmarse que la civilización ejerce presión sobre los individuos, imponiéndoles la renuncia a los instintos. O, visto de otro modo, la función de la cultura es precisamente la de defendernos de la propia Naturaleza.

Según Bataille, el incesto se da siempre en el seno de la familia y se prohíbe según el grado de parentesco.<sup>4</sup> Al mismo tiempo, esa prohibición es universal, aunque sus modalidades varíen. Lo que resulta innegable es que el incesto aleja diametralmente al hombre del animal, por medio de los parámetros culturales. Ya Lévi-Strauss, en su libro “Las estructuras elementales del parentesco”, afirmaba que la libertad de los contactos sexuales, sin medida alguna, tal como se produce en el mundo animal, confundiría definitivamente al hombre con las bestias.<sup>5</sup> Algo muy similar opina Freud, que sitúa el paso definitivo entre la animalidad y el hombre en la ausencia de incesto.

Ahora bien, la prohibición incrementa el deseo. Y este último está presente en formulaciones literarias que, por ser ficticias, permiten que la imaginación se explaye sin que eso conlleve implicación directa que aquello que se expone. Tal es el caso de la literatura francesa y de obras como *René* de Chateaubriand, *Anna, soror...* de Marguerite Yourcenar y de alguna manera, aunque mucho más diluida, de *Pablo* y *Virginia* de Bernardin de Saint-Pierre.

Distinguía Platón en *El Banquete* un amor de doble naturaleza, según procediese de Afrodita Urania, la de los amores etéreos o de Afrodita Pandemos, diosa del deseo brutal. Resulta evidente que la relación incestuosa puede ser vivida de ambas maneras. Yourcenar la presenta en su plenitud carnal, Chateaubriand se contenta con recrearla bajo los rasgos de un platonismo fuertemente teñido de pasión contenida y rechazada. Saint-Pierre, por último, apenas pasa de la recreación de la deseada unidad perdida y no prohibida por lazos de sangre, aunque sí por la civilización, que viene a destruir el mito de la ingenuidad y la virtud, y que por añadidura hace añicos el paraíso perdido que puede observarse al principio de la novela.

---

<sup>3</sup> FREUD, S., *El porvenir de una ilusión*, Madrid (Alianza Editorial) 1985, p.147.

<sup>4</sup> BATAILLE, G., *L'Érotisme*, Paris (Editions du Minuit), 1957, pp.219-244.

<sup>5</sup> Sobre este tema, Cf. también LÉVI-STRAUSS, C., *El pensamiento salvaje*, Méjico (FCE) 1964 y *Antropología estructural*, Barcelons (Altaya) 1997.

Por ser la primera por orden cronológico, vamos a referirnos primeramente a esta obra de Saint-Pierre, prerromántica y muy a menudo definida como “sueño de amor y belleza, sueño de una naturaleza original y de una humanidad sin pecado”<sup>6</sup>. Aunque Pablo y Virginia no sean hermanos, durante mucho tiempo se tratan de ese modo. Y ese extremo nos autoriza a incluir la novela en este estudio. Saint-Pierre ofrece además la imagen del Paraíso en el que sus protagonistas se asemejan a la pareja original, hasta el punto de que su inocencia primera se confunde con la ingenuidad de Adán y Eva antes de la caída. El autor, en el preámbulo a su obra, recrea con sus propias palabras la añoranza del andrógino y la imagen de las dos mitades que componen el huevo cósmico que hemos mencionado. Recuerda que ambos sexos están llamados a la unidad, que se compensan y penetran, y dice: “Esas dos mitades humanas, en contraste forman en la tierra una armonía perfecta, parecida a la de los astros luminosos, en conjunción en el cielo”<sup>7</sup>.

El Edén que recrea la novela es el paraíso perdido, tal como Milton lo había entrevisto, y que Saint-Pierre imagina como recinto de amor, inocencia y piedad, “igual que en el jardín del Edén aparecieron nuestros primeros padres cuando, formados por las manos de Dios, se vieron, se acercaron y conversaron al principio como hermano y hermana”<sup>8</sup>.

Chateaubriand da un paso más en esa descripción del deseado andrógino primordial. Algunos críticos han pretendido ver en “René” los deseos del autor en su adolescencia, incluso su temor a la muerte, pero Chateaubriand lo negó. Lo que resulta innegable es que pudo haberse inspirado en fuentes literarias anteriores. Es el caso de un autor del siglo XVII, François de Rosset que, en 1620, había escrito *Historias trágicas de nuestro tiempo*, en las que recreaba un incesto entre hermanos, consumado y aceptado. También el de Sébastien Mercier que en su *Hombre salvaje*, de 1767, describe una historia similar con resultado incluso del alumbramiento de un hijo; si bien es cierto que la joven, tras haberse convertido, manifiesta remordimientos y termina sus días en un convento.

A estos precedentes literarios, hay que añadir la influencia de Lewis y Maturin, que pusieron de moda el sacrilegio. De ese modo, es comprensible que la obra de Chateaubriand constituya una superposi-

---

<sup>6</sup> MAUZI, R., prefacio a *Paul et Virginie*, Paris (Garnier-Flammarion) 1966, p.13.

<sup>7</sup> SAINT-PIERRE, B., *Paul et Virginie*, Idem, p.69.

<sup>8</sup> SAINT-PIERRE, B., *Paul et Virginie*, Idem, p.112.

*Bernardino Hernando*

ción de fuentes y que la escena en la que Amélie está a punto de pronunciar sus votos se constituya en la elegida para poner de relieve sus sentimientos.

Amélie busca un refugio en la religión, también un escudo protector infranqueable. Su sentimiento de culpa la empuja a buscar la muerte interior y también la real. Su hermano, mientras tanto, languidece hasta que el destino se apiada finalmente de él. En el fondo de este incesto nunca consumado, está la soledad de ambos jóvenes, su desamparo y la nostalgia de la madre perdida. También, según la propia novela, la necesidad profunda de recuperar la unidad perdida. René aspira profundamente a esa felicidad entrevista y suplica, desde el fondo de su corazón, que ese deseo se cumpla: “¡Oh, Dios, si me hubieses dado una mujer según mis deseos; si, como a nuestro padre, me hubieses traído de la mano una Eva creada de mi mismo!”<sup>9</sup>.

*Anna, soror...*, novela corta de Marguerite Yourcenar, publicada en 1935, presenta el incesto como un acto sagrado, ya que posee la doble condición anteriormente señala de ser deseado y temido. Resulta innegable que, en este caso, las teorías del psicoanálisis han dejado su impronta en la novela. Lejos de ser considerado como acto reprochable, la autora presenta bajo otros parámetros la relación entre Anna y Miguel. La obra se desarrolla en Nápoles, cuando a finales del siglo XVI esa región italiana vivía bajo dominio español. Anna y Miguel viven bajo la tutela de su madre, Valentina, que les inculca historias bíblicas y mitológicas, lo que no resulta irrelevante, como hemos visto: los hermanos consideran el incesto propio de una raza superior.

En la novela sorprende la ausencia de sentimiento de culpa, aunque el incesto se consume tras la muerte de la madre. Según la autora, la pasión de ambos jóvenes “es tan fuerte que no puede por menos que realizarse; más a pesar del largo combate interior que precede a la caída, sentida de inmediato como una indecible felicidad, ningún remordimiento viene a interponerse entre ellos”<sup>10</sup>.

La perspectiva, evidentemente, ha cambiado. La unión física no es vista bajo la óptica de algo pecaminoso, sino de “una noción de magia y de algo más allá de la razón, de la realización de un imposible”<sup>11</sup>. Yourcenar es consciente de que el incesto es uno de los tabúes

---

<sup>9</sup> CHATEAUBRIAND, F.R., *Atala, René*, Paris (Garnier-Flammarion) 1964, p.160.

<sup>10</sup> YOURCENAR, M., *Como el agua que fluye*, Madrid (Alfaguara) 1983, pp.256-257.

<sup>11</sup> VAZQUEZ DE PARGA, M. J., “Érotisme sacré, Anna soror”, en *Actes du Colloque International de Bruxelles*, S.I.E.Y., Tours, 1992, p.280.

que no ha sido posible vencer. Una cosa es que exista en el inconsciente, otra muy distinta que pueda ser llevado a cabo. A través de sus reflexiones, puede apreciarse que el tema resulta todavía hoy difícil de abordar, aunque no olvide la autora que, cuanto mayor es la prohibición, más intenso se vuelve el deseo o, según sus palabras, “cuanto más abruptos son los acantilados, más violentamente se estrella la ola”<sup>12</sup>.

Según Caillois, el incesto podría ser considerado como una especie de homosexualidad mística<sup>13</sup>. Homosexualidad en el sentido de que se busca al igual, el uno, aquel que más se nos parece y reconstruye la unidad primordial. Mística porque conlleva una especie de iniciación, una ceremonia de gran calado emocional que acarrea la trasgresión de los presupuestos religiosos y culturales. Bataille ha señalado, sobre este aspecto, las coincidencias entre erotismo y mística, ya que ésta persigue en último extremo la fusión en un ser superior y la reintegración en el uno.

Yourcenar lo sabe y no deja de señalarlo en su novela de manera explícita cuando dice de Anna, que termina sus días en un convento: “Había vuelto a leer a los místicos: Luis de León, el hermano Juan de la Cruz, la santa madre Teresa, los mismos que antaño leía, al sol de la tarde napolitana, un joven caballero completamente vestido de negro... No trataba de seguir el sentido, pero aquellas hermosas frases ardientes formaban parte de la música amorosa y fúnebre que había acompañado su vida...”<sup>14</sup>.

En todos cuantos caso hemos mencionado, predomina la idea de la androginia. Lo que normalmente se busca en el amor permitido está también presente en esta otra faceta del amor. Son los presupuestos sociales y hasta científicos los que se han opuesto a una práctica que en antiguas culturas se veía con naturalidad. La literatura francesa, en este caso, nos lo recuerda, hace aflorar impulsos reprimidos del ser humano y recrea la inmensa desdicha o la indecible felicidad que conlleva la trasgresión o el simple deseo de llevarla a cabo. Ningún lector puede sentirse ajeno a tales relatos, ya sea porque produzcan en él un rechazo instintivo, ya porque morbosamente quiera investigar las causas y consecuencias de semejante inclinación. En todos aquellos que se asoman a esa realidad, aunque no lo sepan, persiste la nostalgia de la unidad primera, del paraíso perdido y, de algún modo además, el

---

<sup>12</sup> YOURCENAR, M., *Oeuvres Romanesques*, Paris (Gallimard) 1982, pp.937-938.

<sup>13</sup> CAILLOIS, R., *L'homme et le sacré*, Paris (Gallimard) 1970, p.100.

<sup>14</sup> YOURCENAR, M., *Como el agua que fluye*, Op.Cit., pp.79-80.

*Bernardino Hernando*

deseo de reencontrarse con el pasado más remoto de la especie humana. No hemos de olvidar que incluso la tradición hermética recoge la formulación del andrógino y habla del “Rebis”, el ser doble que sostiene un compás en la mano masculina y una escuadra en la femenina. El compás representa la parte celestial, el *yang*. La escuadra la terrenal o *yin*. Ahora bien, cuando se les representa juntos, se invierten los géneros, lo que da a entender la unión indivisa de los complementarios en un solo ser.